

Presentación: Transhumanismo: ¿H+?

Jordi Corominas y Joan Albert Vicens.

A los transhumanistas les gusta abreviar o transcribir la palabra «transhumanismo» con el signo H+. Esta abreviación expresa bien el nervio central del transhumanismo: la voluntad de mejorar la especie humana mediante la tecnociencia ya sea moderadamente, mejorando nuestra calidad de vida y liberándonos de enfermedades y malformaciones que causan dolor, o bien transformando de raíz la naturaleza humana para crear especies diferentes a la actual, el *homo sapiens*. ¿Pero los proyectos transhumanistas mejorarán realmente nuestra *condición* humana? ¿Y cuáles son estos proyectos transhumanistas en disputa? ¿Debemos siquiera plantearnos el objetivo de transformar la *naturaleza* humana? ¿Qué hay de realidad, qué de ficción y qué de esoterismo en las corrientes transhumanistas? Esas son las cuestiones que sucintamente quedan implicadas en el título del número de *Perifèria* que aquí presentamos: *Transhumanismo: ¿H+?*

De las preguntas anteriores surgen muchas más: ¿Mejorar a quién? ¿Mejorar qué? ¿Mejorar para qué? Para mejorar al ser humano es obvio que hay que saber primero quién es el ser humano, pero la apertura de las posibles respuestas es de tal calado que dos mil años de tradiciones filosóficas y de otras sabidurías no han podido dar con la respuesta definitiva. La

lucha contra enfermedades y deficiencias diversas goza de un amplio consenso en todos los ámbitos, sin embargo, rediseñar al ser humano: sus emociones, sentimientos, capacidades intelectuales y formas corporales no es lo mismo que liberarlo de enfermedades y privaciones, ni se puede hacer alegremente. Y sobretodo está la cuestión de para qué queremos mejorar: ¿Para ser más útiles? ¿Más máquinas? Para los grandes maratonistas, que les llamen «máquinas» ya es el mayor elogio. ¿Es esto lo que queremos ser? No hace falta ser psicólogo para darse cuenta de que no es nada fácil responder a la pregunta de qué es lo que realmente queremos cada uno de nosotros, y no lo que quieren nuestros padres, nuestros amigos, la presión social y, en general, todos los que ya se han entrometido en nuestro cuerpo, en nuestro ser y en nuestro estilo de vida.

En los artículos de este número podrá el lector aclarar la diferencia entre transhumanismo y posthumanismo, su génesis histórica y las diferentes corrientes que lo integran. La mayoría de nuestros autores abunda en la discusión de hasta qué punto los proyectos transhumanistas pueden lesionar la dignidad humana. Otros insisten en la sospecha de que el transhumanismo podría constituir una reiteración perfeccionada de las formas históricas en que el poder se ha impues-

to sobre los cuerpos, bien dividiendo la sociedad en castas, bien controlando las subjetividades y toda disidencia, bien utilizando la tecnociencia para provecho exclusivo de las clases que han acumulado más riquezas. Se apunta la posibilidad de que el transhumanismo devenga una nueva religión más potente que todas las que han existido hasta ahora. Se reflexiona en torno a la dificultad de un control democrático del crecimiento exponencial y altamente especializado de la tecnociencia. Algún artículo plantea la consideración del transhumanismo como una búsqueda identitaria, una identidad basada en la fascinación tecnológica, ante la situación angustiante, postmoderna, líquida, que genera la continua pérdida de anclajes y referencias.



Paco Pomet: La creación

El emplazamiento a diferentes precauciones y restricciones normativas, sobre todo desde la perspectiva bioética, es defendida en este número por una destacada autoridad mundial en bioética, Diego Gracia, promotor de los comités de ética que hoy funcionan en los hospitales españoles. El alcance real de algunas de las investigaciones en curso en nanotecnología, una tecnociencia constantemente aludida por el transhumanismo, es presentado por Jordi Reverter, director del ICN2, *Institut Català de Nanociència i Nanotecnologia*. Y la fragilidad, la mortalidad, la no deserción de la tierra y la inutilidad y gratuidad de la vida por dos grandes autoridades del pensamiento judío y cristiano, Hava-Tirosh Samuelson y Antonio González.

Al superhombre, el hombre nuevo que debía aparecer tras la «muerte de Dios» Nietzsche lo concebía como el individuo fiel a los valores de la vida, al “sentido de la tierra”; como un individuo adulto sin miedo a los abismos ni a la muerte. No obstante, el hombre transhumano más bien se perfila como un desertor de la tierra, de la vida y de los cuerpos. Lo que el esbozo ingenieril del ser humano dibuja es, más que un ser profundo y creativo, un hombre infantil, superficial, e intolerante a la frustración que busca divertirse a cada instante por encima de cualquier otro valor. Sin embargo, también es verdad que hay que responder con el discernimiento moral y no con la condena irreflexiva de las nuevas posibilidades que ya nos están ofreciendo las tecnociencias aplicadas al control de los mecanismos que regulan la

vida para poner remedio o prevenir calamidades genéticas, o para mejorar claramente nuestras posibilidades vitales.

La primera trinchera del debate con el transhumanismo no es hoy la que se abre para combatir el proyecto de transformación radical o la substitución del ser humano por otra cosa: semejante posibilidad está todavía muy lejos de ser realizada. En la actualidad, el transhumanismo nos reta más bien a tomar decisiones razonables en torno a cuestiones particulares, aparentemente menores, que nos pueden asaltar pronto en nuestra vida personal o familiar: ¿Tenemos derecho a elegir los embriones de nuestros futuros hijos atendiendo a su calidad genética? ¿Nos conviene considerar un bien público la mejora genética de nuestra especie, de manera que nos ahorremos enfermedades o graves limitaciones y discapacidades y no sólo debamos resignarnos a luchar contra ellas *a posteriori*? ¿Debemos aceptar tratamientos que incrementen la altura, la memoria o la fuerza muscular de personas “normales”? ¿Es legítimo que los deportistas amplíen a base de drogas sus capacidades físicas si eso no supone ningún daño para ellos? ¿Podemos usar otras drogas para mejorar nuestras relaciones amorosas o nuestro carácter moral si con eso salimos todos ganando?...

El transhumanismo nos coloca ante la pregunta de quién soy yo, quienes son los otros, qué quiero realmente, qué debo hacer. Preguntas todas ellas de difícil respuesta no solo teórica, sino expe-

riencial, pues la vida de cada cual, con sus vaivenes, cambios y transformaciones, no deja de ser un ingente e inabarcable esfuerzo de intentar responderlas. Y es que casi siempre las preguntas son tan o más importantes que las respuestas. Así se las formulaba Blaise Pascal «¿Qué quimera es, pues, el hombre? ¡Qué novedad, qué monstruo, qué caos, qué sujeto de contradicciones, qué prodigio! Juez de todas las cosas, imbécil gusano de la tierra; depositario de la verdad, cloaca de incertidumbre y de error, gloria y excrecencia del universo. ¿Quién desenredará este embrollo?...», y con su particular espíritu de finura nos advertía Pascal que «el hombre no es ni ángel ni bestia. Y que la desdicha hace que el que quiere hacer el ángel haga la bestia». Una reflexión del siglo XVII que cobra una virulenta actualidad en el debate sobre el Transhumanismo.

Agradecemos al pintor Paco Pomet que nos haya autorizado a publicar fotos de sus pinturas para ilustrar los artículos de esta revista. Su visión penetrante de la situación humana en el mundo de hoy, premonitoria a menudo de los tiempos que se acercan, acompaña a la perfección la reflexión sobre la temática transhumanista.

Noviembre de 2017